

Biblioteca-Films

EL SIMPÁTICO CONQUISTADOR

Núm. 147

25 cts.



REGINALD
DENNY

BIBLIOTECA FILMS

"TÍTULO DE LA SUPREMACIA"

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:

Valencia, 234 - Teléfono 958 G

AÑO . . .

BARCELONA

Núm. 147

APARECE TODOS LOS MARCHES

:: REVISADO POR LA CENSURA PREVIA ::

EL SIMPATICO CONQUISTADOR

UNIVERSAL JOYA

EXCLUSIVA:

Hispano American-Films, S. A.
(Universal Films)

Calle de Valencia, 239 - BARCELONA

REPARTO:

Tom Hayden	<u>Reginald Denny</u>
Betty Brown.	<u>Gertrude Olmstead</u>
Horacio Hayden	FREDERICK ESMELTAN
Jeffrey Brown.	JOHN STEPLING
Cesar Alejandro Domingo	TOM WILSON
Creighton Deane.	CHARLES GERARD

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

EL SIMPATICO
CONQUISTADOR

Registrada. Queda hecho el
depósito que marca la ley

Imprenta Comercial - Calle Valencia, 234 - Barcelona

I

En un mismo sofá están sentados dos caballeros ante dos tazas de humeante y oloroso Moka y chupan sendos habanos de marca.

Uno, alto grueso, de sesenta años, es Horacio Hayden. En la lista de los reyes del dólar ocupa un lugar prominente; pero esto no le importa tanto como que su nombre figurara invariablemente a la cabeza de los constructores de automóviles más veloces del mundo.

Jeffrey Brown, su colega y amigo y también, al mismo tiempo, su más encarnizado rival, en la lucha por la soberanía de la velocidad, pasa de los sesenta y cinco.

Horacio tiene en su mano un diario de la mañana "The Herald New" y con satisfacción dice a su mejor amigo y rival:

—Escucha, amigo Jeffrey, en qué términos anuncia la Prensa el enlace de nuestros vástagos.

El señor Hayden leyó;

EL ENLACE BROW-HAYDEN SERA EL
ACONTECIMIENTO SOCIAL DEL PRO-
XIMO JUNIO

La novela de amor de la distinguida señora Betty Brown y el conocido sportan Tomás Hayden, se cerrará con broche de oro, con la boda de la simpática pareja, cuya ceremonia va a tener lugar el día diez de junio. Sin duda, conocen nuestros lectores la circunstancia de que los padres de los novios van a unir sus firmas como constructores de automóviles.

—La boda de mañana—dijo Jeffrey Brown—unirá nuestras familias en una sola, con vínculos más fuertes que los de la amistad; pero deja sin resolver una cuestión importantísima, transcendental...

—Ya sé a qué te refieres—interrumpió Horacio Hayden—. Al fusionar nuestras compañías no volverás a tener ocasión de querer demostrar que tu "Brown-Special" es tan rápido como mi "Bólide IV".

—Soy el primero en reconocer que tu coche es muy rápido; pero si no fuera porque es tu hijo quien lo guía, siempre mi coche lo batiría fácilmente.

—¡Déjate de fantasías!... Con mi hijo o sin él, tú no puedes construir un coche lo bastante veloz para vencer al mío!

—No tienes más que hacer la prueba, Horacio. Que tu hijo no vaya a las carreras de Ca-

lifornia y verás como mi coche bate al "Bólide" hasta sin ponerle bencina.

—Calla, Jeffrey, calla; si inscribes tu "Brown" en las carreras de Los Angeles, el jurado lo tomará por una cocina ambulante.

—Eso tu "Bólide" que parece una tostadera de castañas.

—Y el tuyo un cacharro indecente, una api-sonadora.

—¡Si no fuera...!

—¡Vaya, basta, todo ha acabado!

Los interlocutores se levantaron airados y ya se iban a volver la espalda; pero Jeffrey Brown pensó que si la boda se estropeaba no podría disponer, para correr su "Brown-Special", del mejor corredor de los Estados Unidos, pues como a tal se consideraba al hijo de Horacio Hayden, novio de su hija Betty, y tragándose los insultos que su contrincante le dirigiera respecto al coche de su invención, le tendió la mano sonriente, diciéndole:

—Vaya, Horacio, no vale la pena que discutamos y riñamos por una cosa que pronto se va a dilucidar en la carrera de Los Angeles. Además, ¿qué culpa tienen nuestros hijos de la idolatría que tenemos por los coches de nuestra fabricación?

—Tienes razón, Brown, ahí va mi mano y... pelillos a la mar.

—Mañana nos volveremos a ver en la boda.

—Sí, hasta mañana en que tu hijo tendrá

la suerte de poseer la muchacha más linda de los Estados Unidos.

—No, la fortuna la tendrá tu hija de casarse con Tom, el mejor corredor del mundo, el rey del volante.

—¡Ca. hombre!... Mi hija es la reina de la hermosura!

—Y mi hijo la envidia de las mujeres.

—Tu hija saldrá ganando.

—No, será tu hijo.

—Vaya, por esas no paso.

—Ni yo...

—Queda deshecho el trato porque no quiero emparentar con un cabezota como tú.

—Ni yo con un piel roja como tú.

—¡Basta!

—Quedan rotas las relaciones... ¡Adiós!

—¡Adiós!

Ya se iban a retirar los señores Hayden y Brown, después de haber roto un pacto que no podían deshacer sin la ausencia de los novios. Sin embargo, Jeffrey Brown pensó en lo que perdía y volviéndose rápidamente hacia su amigo y rival le dijo seriamente, con el entrecejo arrugado:

—Pero no por eso nos vamos a separar sin darnos la mano... Lo cortés no quita lo valiente.

Y tendióle su mano.

—Tienes razón, Jeffrey, aunque seas tan cabezota no te puedo negar un apretón de manos. Ahí va la mía.

Jeffrey Brown apretó fuertemente entre su diestra la mano de Horacio Hayden y sonriendo la agitó campechanamente diciéndole:

—¡Mira, que tiene bemoles que nos enfademos por estas triquiñuelas!

—Eso tú, que eres tan ganso.

—No, tú, que estás hecho un avestruz de marca.

—¿Vamos a volver a empezar?

—No, no; acabemos de una vez para siempre...

—Para siempre no; hasta mañana, en la boda.

—¿No decías que lo dejásemos correr?

—Sí, hasta mañana.

—Pero quiero que te retractes.

—Nos retrataremos mañana con los novios.

—¡Guasón!

—Ja... ja... ja... ¡Pillín!

—Ja... ja... ja... ¡Parecemos perro y gato!

—¡Adiós, perro!

—¡Adiós, gato!

II

Pasemos a conocer a los novios ya que hemos trabado conocimiento con sus excéntricos progenitores.

En el interior de un coche "Brown" con carrocería de lujo van una señora y una señorita, ésta tan linda como ladina. Son la señora Brown y su hija Betty, el único producto de la Casa Brown que había vencido a Tom Hayden y eso fuera de las pistas, en una especie de prueba de resistencia.

La madre de Betty estaba íntimamente convencida de que el "Bólide" no era el coche de su inminente yerno, sino éste.

Oigamos la conversación de madre e hija:

—Mamita, ¿qué te figuras que está haciendo Tomás en este momento?

—Pues, probablemente, se estará aburriendo como un cartujo en una jaula de leones. en esa cena de despedida que da a sus amigos, pensando solamente en su boda y en su futura.

—¡Pobrecito Tom, qué ganas tengo de agarrarle y de estrujarle...!—y al decir esto, Betty apretaba a su madre entre sus brazos.

—¡Ay, hija mía, que me estrangulas!

Y el "Brown" volaba, llevando a las dos mujeres hacia su domicilio.

Veamos si era cierto el aburrimiento cartujano de Tom Hayden.

Este había invitado a sus amigos a su cena de despedida y para ello les había pasado una invitación que decía:

TOM HAYDEN

te invita a su cena de despedida de su vida de soltero que se celebrará en su nuevo trotamundos fabricado expresamente para la circunstancia en sus propios talleres, el día 9 de junio a las diez de la noche.

El día y a la hora indicados partía con dirección desconocida un inmenso furgón automóvil, una verdadera casa ambulante con salón, dormitorio, cocina, cuarto de baño y demás dependencias de una casa de lujo; con jardín, ¡admírese el lector!, con jardín entoldado, situado encima del grandioso coche.

No faltaban en el mismo ninguna de las condiciones para que la estancia en el mismo satisfaga al más exigente: buena cocina, bodega y despensa bien provistas, jazz-band, mujeres hermosas, todos los elementos para que la fiesta resulte sonada.

Los invitados son más de veinte entre ellos y ellas.

Se inicia la fiesta con un succulento banquete en el que se puso bajo la mesa el texto de la ley seca, y sobre ella, los vinos y licores de las mejores y más acreditadas marcas.

Todos alabaron el gusto y pericia culinaria del criado inamovible de Tom, un negro cincuentón, llamado nada más que César Augusto Alejandro Magno Domingo y, a pesar de su eterno riguroso luto, era tan festivo como todos los domingos.

La cena ambulante se había convertido en desayuno. Y es que como era una juerguecita sorda no habían oído los comensales las horas; y eso que en el "trotamundos" no faltaban relojes con las manillas en movimiento.

La cena duró tanto porque como el jazz no cesaba de tocar, entre plato y plato, se bailaba ¡y qué bailes, Dios Santo! ¡El Charles-tón! ¡Una tontería de danza como para dislocar al más pintado!

Y el trotamundos rodaba, rodaba siempre por las carreteras, sin rumbo fijo, guiado por la mano experta del mejor chofer de la casa Hayden.

No queremos describir la fiesta que se desarrollaba en aquel palacio rodante con caracteres de orgía, pues no queremos escandalizar a nuestras lectoras timoratas. Bástenos decir que aquello parecía un pequeño Paraíso Terrenal donde sólo faltaban las hojas de parra.

¡Pobre señora de Brown!... ¡Y pensar que ella estaba en la convicción de que su inminente yerno se aburría como cartujo en jaula de monas!

Monas estaban casi todos los invitados cuando el trotamundos, al iniciar de bajada una cuesta, perdió el freno y se lanzó como un bólido en una carrera tan desenfrenada—claro, sin freno—que los chillidos de las hembras y el pánico mudo de los varones, convirtió aquel artefacto en una verdadera Arca de Noé, con

la única diferencia que sólo había una clase de animales, los de la especie humana.

Tom Hayden se apoderó del volante para evitar una catástrofe inminente y con una maestría sorprendente sorteaba los abstráculos y los virajes de un modo maravilloso.

Gracias que el sol había salido ya y así podían verse los caminos. Estos eran muy pendientes y la catástrofe era inminente.

Ellas chillaban; ellos, sin gritar, temblaban como hojas movidas por el viento; el criado de Tom, el negro de los cinco nombres, arrodillado en un rincón de su cocina eléctrica, tenía una patita de conejo entre sus manos, y besándole con supersticiosa devoción rezaba:

—¡Ay, patita mía de conejo, por San Kin y por Kon; por San Cucufate, patrón de los gatos; por Triffin y por Catón, sálvanos, patita de conejo!... ¡Haz, patita mía, que no nos estrellemos y prometo ponerte en un fanal con dos luces de petróleo del más caro!... ¡Amén!

El prodigio de la milagrosa pata no se hizo esperar, porque al pronunciar el tiznado criado el "amén", el coche trotamundos fué a dar contra una roca y quedó hecho un acordeón; de rechazo todos los viajeros fueron a parar a un barranco y aunque todos salieron ilesos, y este fué el milagro: el criado enlutado de piel se produjo la doble dislocación de los dedos del pie derecho y de los de la mano izquierda, un chichón en la mollera como un pimientito morrón y un rasguño en la frente,

sin contar un sinnúmero de sietes en sus pantalones que quedaron como para darlos al tra-
pero.



—¡Ay, palita mía de conejo.... por San Kin y por San Kon....!

Su amo, el simpático Tom, se hizo una descalabrada en la frente y tuvo conmoción cerebral.

Retrocedamos.

"The Herald", un diario de gran circulación de Chicago—donde debíamos haber situado nuestra acción, desde un principio, y para corregir el olvido lo hacemos ahora—

tiene unos reporters con un olfato que ni los perros-policías. Entre éstos, Trifón Mac Farlane, es el más audaz de los reporters chicagenses. Una especie de Guadarrama, por lo fresco, con máquina fotográfica.

Este tal Trifón se presentó a su director y entre ambos se entabló este diálogo que copiamos sin suprimir ni una tilde:

—Muy señor mío—el frigorífico Trifón iniciaba la conversación con su director como si le escribiese una carta; y éste, un hombre maduro con monóculo y más guasa que Harold Lloyd, le interrumpe:

—Dos puntos.

—Sí, señor Director, dos puntos... cubanos me han anunciado un acontecimiento que puede dar juego y un buen tiraje a nuestro rotativo.

—Pido juego—dijo el Director creyendo que jugaba al siete y medio—. ¿De qué se trata?

—Lea usted esta invitación y ya estamos al cabo de la calle.

—¡Demonio, pues tienes razón, Trifón!—exclamó el Director después de leer la invitación de Tom Hayden que ya conoce el lector—. ¡Tom Hayden en un trotamundos y en juerga, escándalo seguro! Prepara el objetivo, alquila un auto y a seguirle... No lo pierdas de vista, que donde está Tom Hayden hay tema para un artículo sensacional!

Trifón y otro compañero plumífero de la misma redacción, más fresco que aquél, pu-

siéronse en movimiento, pero con tanta lentitud, que cuando dieron con el trotamundos, éste era una masa informe, y sus ocupantes daban ayes de dolor, sobre todo el criado de Tom.

Los dos redactores llegaron al lugar del siniestro en el momento en que Tom recobraba el conocimiento.

—¡Un segundo!—suplicaba Trifón enfocando su máquina fotográfica—. ¡Un segundo!

Tom fué llevado, acompañado por su criado, a un hospital de Chicago. Cuando volvió en sí quiso levantarse a viva fuerza.

—¿Qué hora es, Domingo?—preguntó a su criado.

—Las once, mi amito.

—Pues a las doce debo estar en mi casa. A esa hora me debo casar.

Tom Hayden tenía la cabeza envendada.

—Tráeme mi traje, Domingo, que voy a vestirme.

Quieras o no, el amito salió con la suya, se vistió y sin obedecer a las enfermeras echó a correr seguido del negro, hasta llegar a la calle.

En aquel momento, un automóvil se había parado a la puerta del Hospital. Al verlo, Tom Hayden exclamó gozoso:

—¡Dios nos asiste!... ¡Ponte en el volante, Domingo!

Y abrió la portezuela; pero en el mismo instante una señora que se hallaba dentro

en paños menores, es decir con un largo camisón, si bien, cubierta con una capa, se echó a los brazos de Hayden, besándole y abrazándole con estos acentos:



...y el auto partió veloz, llevando en su interior a Tom y a la misteriosa dame....

—¡Amor mío!... ¡Yo que te creía perdido para siempre, después de la noche del sábado! ¡Ven, ven a mi lado!

—¡Arranca, Domingo, hay que llegar a casa dentro de media hora!

—¡Me voy a ver negro!—exclamó Domingo—; y el auto partió veloz llevando en su in-

terior a Tom y la misteriosa dama del camión que no cesaba de abrazarle, besarle y mimoscarlo.

¿Quién era aquella señora?

Ya lo habrá adivinado el lector. Es una enferma, quizás una loca, que llevaban al hospital y cuando el chofer había subido para avisar a los mozos del establecimiento para que bajasen a buscarle, se presentó Tom Hayden con su criado.

III

En casa de los señores Hayden, situada en la Quinta Avenida, todos los invitados esperaban a los novios. El Pastor aguarda también.

Minutos después de las doce, hora indicada para el casamiento, se presenta la novia del brazo de su padre.

Pasó media hora y el novio no daba señales de vida.

Todos se impacientaron y sobre todo la novia y sus deudos.

Después de hora y media de espera se telefoneó a la jefatura de policía y se recibió esta noticia:

Tenemos que comunicarles una penosa no-

ticia. El señor Hayden ha sido víctima de un accidente de automóvil al dirigirse a su casa.

Apenada, la novia y sus familiares, salieron de su casa en compañía del padre de Tom.

En el mismo momento en que Betty, sus padres y Horacio Hayden llegaron a la calle, se paró frente a la puerta de la mansión el automóvil guiado por Domingo.

—¿Dónde está Tom?—le preguntó Horacio.

—Aquí dentro, pero no está visible.

—¿Cómo que no está visible?

—No, señor, no—contestó el negro poniéndose ante la puerta del auto—, está, está...

La portezuela se abrió por dentro y... ¡horror!, Betty y su madre vieron cómo una mujer en camisa, joven y hermosa, se abrazaba a Tom que iba con la cabeza vendada; y como éste pugnase por deshacerse de ella, la del camión, le dijo:

—¡Ah!... ¿piensas abandonarme por ese eserpento?... ¡Amor mío!—y le besó en la boca.

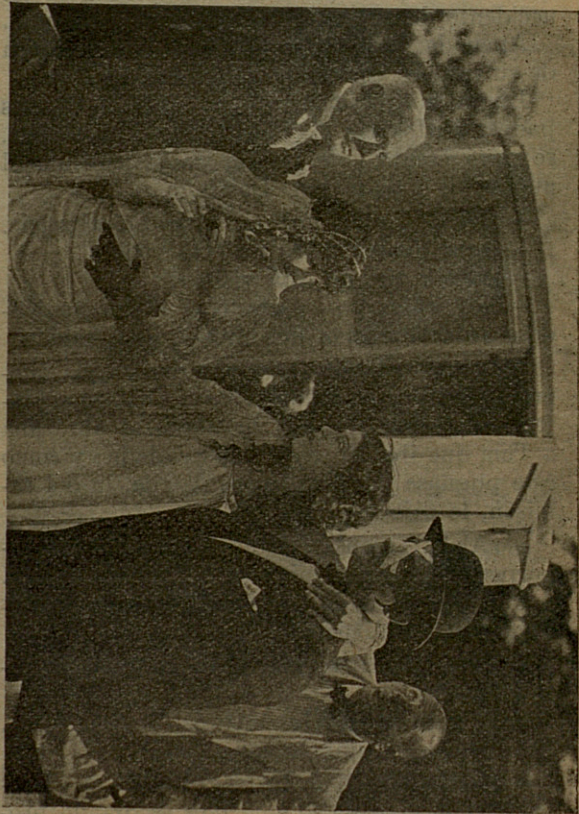
Por fin, Tom dió un empujón a la loca y pudo saltar del coche.

—¿Qué significa esto, Tom?—preguntó airada Betty.

—Pues nada absolutamente... Je... je... je... Una broma, sí, una broma...

—Pesada—replicó Jeffrey Brown—. ¡Broma!... ¿Se cree usted que hoy es día de bromas?... ¡Idiota!

—Ni por todo el oro del mundo consentiré



¡Ah!... ¿piensas abandonarme por ese experimento?

que ese insolente imbécil se casara con mi hija —manifestó la señora de Brown.

La señora del coche, extendiendo los brazos por la portezuela, clamaba: “¡Ven, ven, amor mío!”; Betty lloraba á lágrima viva; el señor Brown voceaba insultando a Tom; éste sonreía, y su padre ponía una cara como si estuviese masticando guindillas rabiosas.

Y ante aquel cuadro surgió, como por encanto, el tipo menudo, desvergonzado de Trifón, quien detrás de su enorme máquina fotográfica, suplicaba con voz chillona, mientras enfocaba su objetivo:

—¡Pse!... ¡Un segundo!... ¡Un segundo!

Todos se volvieron, Trifón disparó y exclamó:

—¡Gracias!

Y echó a correr antes de que el señor Brown furioso le cascase el melón o le hiciese trizas el aparato.

—¡Hemos terminado! —exclamó Brown—. ¡Cuanto más pronto os perdamos de vista mejor!

Y se fué con su esposa e hija maldiciendo de la casta de los Hayden.

—¡Aquí dió fin el sainete! —pronunció sencillamente Tom riendo.

—¡Ya puedes estar satisfecho, Tom! — le dijo su padre—. ¡Has perdido a una buenísima muchacha, has destruído la amistad de dos familias y has desbaratado un importante negocio!... ¡De hoy en adelante no cuentes para

nada conmigo! ¡Arréglatelas como puedas, pero no vuelvas a mí hasta que no hayas demostrado que eres un hombre y no un monigote!... ¿Estamos?

—¡Estamos apañados!... ¡Y todo por esta mujer a quien no conozco ni sé de dónde ha salido! Domingo, llévate a esta señora al hospital—y dirigiéndose a la del camión:

—¡Adiós, señora, y cúrese, que buena falta le hace!

IV

Algunos días después, se había formado en Chicago una caravana automovilista que se dirigía a California para asistir a las carreras de automóviles que se debían verificar en Los Angeles ocho días más tarde.

En las inmensas planicies de Colorado, en marcha hacia la florida California, los miles de automóviles de todas las categorías asemejan un inmenso reptil.

A la cabeza de la caravana va el auto de los señores Brown. En él van el señor y la señora Brown; su hija Betty y el nuevo novio de ésta llamado Creighton Deane, alto, espigado, con lentes, que pensaba poner su voluminoso libro de cheque a la disposición de Brown con la única condición de llevarse a Betty a su casa: una compra a buen precio.

Por lo que observamos durante el viaje, cogimos que Betty no está enamorada de su nuevo pretendiente y sólo le acepta por conveniencias familiares.

Dos compartimentos tiene el coche de los Brown; en el primero, van los padres, el señor Brown llevando el volante; en el segundo van los novios, los cuales pueden conversar y cortejar a su placer.

—En cuanto lleguemos a Los Angeles—dice la señora de Brown, hay que celebrar el casamiento de Betty con Deane. Es la única manera de alejar para siempre a Tom Hayden.

—Yo no sé qué tiene ese muchacho para entusiasmar a las chicas: todas beben los aires por él.

—¡Es un terrible conquistador!

Los señores Brown hablaban de Tom Hayden, como de un ser lejano y, sin embargo, estaba muy cerca de ellos.

Obligado a ganarse la vida, nuestro héroe ha convertido su "roulotte", o trotamundos, en un hotel ambulante, y con unos turistas de ambos sexos—nunca falta la mujer en la compañía del terrible conquistador!—se dirige a California en la misma caravana que Brown.

Dos motivos han impulsado a Tom a seguir la ruta de California: la carrera de automóviles en el circuito de Los Angeles y la seguridad absoluta de que Betty estaría allí.

Al llegar la cabeza de la caravana a las márgenes de un río que se debía bañar, Brown que iba delante de la caravana, metió su coche en el agua; pero al estar en medio del lecho del río no pudo de ningún modo

avanzar ni recular, las ruedas del coche se habían encallado en el limo del lecho.

Toda la caravana se paró durante más de media hora.

Tom, impaciente, quiso darse cuenta del perance y al acercarse a la orilla y ver al señor Brown luchando inútilmente por sacar su coche de aquel atolladero, le preguntó:

—¿Puedo ayudarle en algo, señor Brown?

—¡No! — contestó secamente el interpelado con un humor de mil demonios.

Betty vio a Tom, y aunque fingió gran indiferencia y desdén, haciéndole ver que estaba muy amartelada con su novio actual, en el fondo se alegró y tuvo gran alegría en verle: Betty amaba a Tom Hayden.

Tom, con su gracia peculiar, en vez de enfadarse replica a Brown:

—Señor Brown, pruebe usted de sonreír y verá lo bien que le cuadra a la cara... Así está usted muy feo... Vamos, ¿quiere que venga a sacarle de este atolladero?

—¡No!

—Pues bien, aunque usted no lo quiera, lo haré por Betty a la que amo.

La hija de Jeffrey tuvo gran satisfacción en oír estas palabras, aunque disimuló su contentamiento.

Tom Hayden fué hasta su palacio ambulante y pasando con su "roulotte" a la cabeza de la caravana, enganchó el coche de Brown al suyo con una cuerda y lo pasó del otro lado,

dejando así el paso libre a la caravana que una hora después, a la caída del sol, acampaba en un paraje encantador.

En una inmensa explanada, se construyeron tiendas de campaña para cada grupo de familias. Pero lo más original y extraordinario es que en aquellas mansiones plantadas a miles de kilómetros de toda vivienda no faltaba ningún detalle de lo que hace la vida agradable: salones, cuartos de baño, cocinas eléctricas, funcionando con acumuladores de gran potencia, orquesats, y hasta—¡admírense el lector!—un circo ecuestre con su colección zoológica para solaz y divertimento de los miembros que formaban la caravana.

Pero lo más admirable, la más americana de las instalaciones de la caravana es al de Tom Hayden: su "roulotte" es un pequeño palacio donde reina la alegría y el despilfarro.

Aquella noche, la primera parada en el campamento, los cocineros del señor Brown se declararon en huelga y todos los invitados de éste se acogieron a la magnanimidad de Hayden quien les admitía a cenar. Betty, su novio y sus padres se quedaron sin cenar.

Betty, desde su tienda oía la orquesta gramofónica de Tom que tocaba un charlestón, y estuvo a punto de irse con él; pero no se atrevió por consideración a su novio.

Hacia media noche se levantó un viento huracanado y se dió por terminada la fiesta en la "roulotte" de Tom, yéndose todos a dormir.

Tom ya se había encerrado en su dormitorio y se disponía a meterse en cama, cuando llamaron a la puerta de su "roulotte".

Tom mismo salió a abrir y se halló frente a Betty a quien sonrió graciosamente; mas aquélla, lejos de corresponder al saludo se insolentó furiosa:

—¡Eres un monstruo, Tom!... ¡Un cobarde!... ¡Te aborrezco!... ¡Te odio como a los demás hombres!... ¡Todos sois iguales!...

—Bueno, bueno—invitó Hayden sonriente—todo eso es verdad; pero entra, hermosa, entra que hace frío.

Una vez adentro Tom la invitó a sentarse y ella rehusó con enfado:

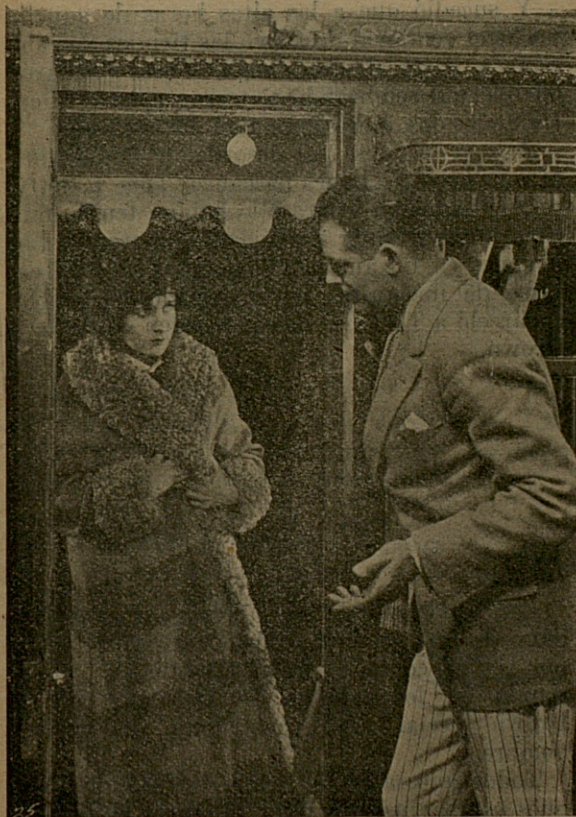
—No, no; he venido para decirte que eres un criminal.

—¿Y qué más, hermosa Betty?—preguntó Tom sonriendo de placer al ver allí a su amada.

—Que te odio, como a los demás hombres... Que todos sois iguales... y que tú no debías haber hecho aquello que hiciste y que... tengo frío y hambre... y... ¡Ay, Tom, no puedo vivir sin ti!...

—¡Domingo!—gritó Hayden y apareció el negro. —En seguida pon un cubierto y sirve la cena a la señorita.

Después de una cena opípara, Betty quiso retirarse; pero el viento era tan violento que Tom no le permitió saliera de su "roulotte" donde la preparó digno alojamiento.



...pero entra, hermosa, entra que hace frío.

Y sucedió que a las altas horas de aquella noche el vendaval destruyó las tiendas de campaña y hasta el circo, cuyas fieras quedaron en libertad sembrando el terror y espanto entre todos los que componían la caravana.

Aprovechándose del desorden y desbarajuste que produjo aquel percance, Tom y Betty, reconciliados ya—para ello habían tenido muchas horas y muy propicias—huyeron a Los Angeles en un automóvil, donde pensaron casarse de incógnito; pero, avisada la policía, encarceló a Tom Hayden por orden de Jeffrey Brown.

V

Era la víspera de las carreras del gran circuito de Los Angeles. Existe gran expectación por ver en competencia al "Bólide IV", construido en los talleres de Hayden, con el "Brown-Special" del constructor del mismo nombre.

Todos apostaban a favor de "Bólide IV" pues estaba inscrito para pilotarlo el famoso corredor Tom Hayden.

La alegría del señor Brown no tenía límites, pues por su orden se había encarcelado

al famoso corredor que podía hacer perder a su marca.

Pero por la noche misma de las carreras, Brown recibió un telegrama concebido en estos términos:

Jeffrey Brown. Hotel Biltmore

Los Angeles.

Conductor herido gravemente entrenándose ayer. Imposible tomar parte carreras mañana.

Larson.

Brown se vió perdido.

Voló a la cárcel y solicitó hablar con Tom Hayden, quien, en aquel momento, se hallaba de visita con su padre. Brown oyó cómo Horacio decía a su hijo:

—Hijo mío, he venido a sacarte bajo fianza para que mañana puedas guiar mi "Bólide IV" a la victoria.

—¡Un momento!—exclamó Jeffrey—. ¡También yo tengo algo que decir en este asunto!... Yo pongo la fianza de Tom y además te prometo que no te pesará correr mi "Brown-Special". Te daré cinco mil dólares de propina.

—¡Diez mil!—pujó Horacio.

—¡Quince mil!—subió Jeffrey.

—¡Veinte mil!

—¡Veinticinco mil!

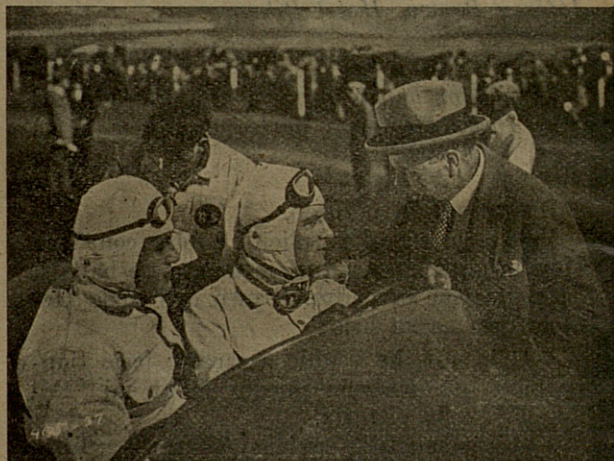
—¡Treinta mil!

—¡Sesenta mil!—dobló Brown con energía.

—Señor Brown—manifestó Tom—. Me temo que no aceptará usted mi precio. De modo que correré por papá.

—¿Cuál es?

—Mi casamiento por Betty.



El número 7 es el Brown Special.

—Conformes... si ganas; porque si pierdes, te quedas sin ella y vuelves a la cárcel.

—¡Trato hecho!

Y Brown alargó la mano a su corredor.

Ya han empezado las carreras en medio de una espectación enorme.

El coche marcado con el número 3 era el célebre "Bólide IV", ganador en todas las pruebas que fué pilotado por Tom. Desde que saliera de los talleres de Hayden no había conocido ni una derrota.

El número 7 es el "Brown-Special", con Tom Hayden al volante, tras el más codiciado trofeo de su vida.

Todas las mujercitas tenían la vista puesta en el simpático conquistador, que después de la tercera vuelta se colocó a la cabeza de todos los corredores.

Domingo, el negro criado de Tom, seguía con interés la brillante actuación de su amo y atribuía éste su éxito a la maravillosa virtud de su patita de conejo a la que no cesaba de invocar y besar.

En la antepenúltima vuelta el número 3 chocó contra el "Brown-Special", que estuvo parado más de veinte minutos; pero antes de terminar la penúltima vuelta ya estaba de nuevo a la cabeza de los corredores... ¡Era maravilloso ver el número 7!... ¡Qué seguridad!

Al pasar el "Brown-Special" ante las tribunas un grito de terror atronó el espacio: el coche número 7 estaba ardiendo.

Lejos de pararlo, Tom aceleró la marcha y entre una gran humareda pudo terminar la carrera, mientras su mecánico con un extintor de incendios procuraba, inútilmente, apagar el fuego.

Terminó la carrera con el triunfo de Tom Hayden. Cuando él y su mecánico bajaron del vehículo todos le rodearon gozosos. Ambos estaban tan ahumados que parecían dos negros. Betty se abrazó a él y le besó repetidas veces con tal entusiasmo que se tiznó toda la cara.

Y mientras tales muestras de cariño, su amada Betty le daba, se oyó la voz chillona de Trifón que enfocaba su objetivo:

—¡Un segundo!... ¡Un segundo!

FIN

YA ESTÁ EN VENTA

ROPA VIEJA

— por —

CHIQUEILÍN

Segunda parte de EL TRAPERO

N.º 148 - BIBLIOTECA FILMS - 2 Novbre.

La Duquesa del Charleston

Ingenua, maliciosa, vivaracha y al mismo tiempo revoltosa y discreta, Corina es una linda jovencita que ha hallado el procedimiento para que una chica pobre se case con un potentado.

Por la insuperable estrella
CORINNE GRIFFITH

POSTAL:
HARRISON FORD

25 cénts.

¡PRONTO!

la preciosa novela

La mujer que supo amar

en

Films de Amor

Señorita,

La mujer que supo amar

le enseñará como debe ser el amor de la
mujer para lograr poseer al ser amado.

Es una novela deliciosa, sugestiva, atra-
yente, por

MISS DORIS KENYON

y

MILTON SILLS

POSTAL:

Patsy Ruth Miller

50 cénts.

COLECCIONE Vd.



Volúmenes a 50 cts.

N.º	TÍTULO	Protagonista	Postal
1	El templo de Venus . . .	M. Philbin	M. Philbin
2	La tierra prometida . . .	R. Meller	Tina Meller
3	Sacrificio	Fay Compton	Fay Compton
4	En las garras de la duda .	Leda Gis	Capozzi
5	Ruperto de Hentzau . . .	Lew Cody	Hammestein
6	El tren de la muerte . . .	Cayena	M. Harris
7	La esposa comprada . . .	Alice Terry	Alice Terry
8	El juramento de Lagardère	G. Jacquet	J. Farrell M.
9	Buda, el Profeta de Asia .	Himansu Ray	P. Marmont
10	La princesa que amaba al amor	A. Manzini	L. La Plante
11	La Hija del Brigadier . .	Nora Gregor	Clara Winsor

Servimos números sueltos, previo envío del importe en sellos de correo

Biblioteca Films - Valencia, 234 - Barcelona

Imprenta Comercial - Valencia, 234 - Teléfono 958 G - Barcelona